

**DISIDENCIA POLÍTICA Y COMPROMISO SOCIAL: JOSEP MARÍA
LLORENS I VENTURA (1886-1967)**

POR

MARISA TEZANOS GANDARILLAS

Universidad de Alcalá

RESUMEN:

Josep María Llorens i Ventura fue un sacerdote y musicólogo vinculado culturalmente con el catalanismo y políticamente con el republicanismo. Durante la Guerra Civil se mantuvo leal al Gobierno Republicano. En 1939 se exilió en Francia. Desarrolló su trabajo pastoral entre los exiliados españoles. En 1961 publicó con el seudónimo de Joan Comas el libro *L'Esglesia contra la República espanyola*, una crítica radical de la posición que había adoptado la Iglesia española ante la República y la Guerra.

PALABRAS CLAVE:

Josep María Llorens; Joan Comas; clero disidente; Segunda República española; Guerra Civil; Iglesia católica española; tesis de la Cruzada; exilio republicano.

**POLITIC DISSIDENCE AND SOCIAL COMMITMENT: JOSEP MARÍA
LLORENS I VENTURA (1886-1967)**

ABSTRACT:

Josep María Llorens was a priest and musicologist linked culturally with catalanism and politically with republicanism. During the Civil War he remained loyal to the Republican government. In 1939 he went into exile in France. He developed his pastoral work among the Spanish exiles. In 1961 he published under the pseudonym of Joan Comas the book *L'Esglesia contra la República*

espanyola, a radical critique of the position taken by the Spanish church to the Republic and the War.

KEY WORDS:

Josep María Llorens; Joan Comas; dissident clergy; Spanish Second Republic; Spanish Civil War; Spanish Catholic Church; thesis of the Crusade; Republican exile.

Recibido/Received	21-12-2011
Aceptado/Accepted	17-06-2014

Josep María Llorens es uno de esos sacerdotes que hubiesen permanecido en el anonimato si el 18 de julio de 1936 el ejército español, al levantarse contra el Gobierno de la República, no hubiese inducido a muchos ciudadanos a tomar partido claramente por uno de los dos bandos en lucha. Sin la guerra, Llorens seguramente hubiese seguido dedicado a su música y progresado en la carrera eclesiástica como cualquier otro sacerdote de su época y nunca hubiese manifestado abiertamente, salvo a sus amigos, sus discrepancias con la Iglesia oficial. Pero no fue así. Tomó partido por la República y eso cambió radicalmente su vida para siempre, llevándolo al exilio y convirtiéndole en Joan Comas, el autor del polémico libro *La iglesia contra la República española*, la más tardía defensa del régimen republicano y refutación de la tesis de la Cruzada realizada por un sacerdote. En su obra puso en evidencia su radical oposición, no sólo a la postura que había adoptado la Iglesia ante el régimen republicano y el levantamiento militar, sino también a la forma en que interpretaba y practicaba la doctrina católica.¹

TRAYECTORIA VITAL Y PASTORAL ANTERIOR A LA GUERRA CIVIL

Josep María Llorens nació en Tarragona el 13 de abril de 1886, en el seno de una familia católica acomodada.² Realizó sus estudios

¹ Sobre otros sacerdotes que también defendieron la causa republicana, véase: Montero García, F., Moreno Cantano, A. C., Tezanos Gandarillas, M. (coords.) 2013. *Otra Iglesia. Clero disidente durante la Segunda República y la guerra civil*. Gijón: Trea.

² Todos los datos biográficos, salvo que se especifique lo contrario, proceden de las siguientes obras: Llorens, J. M. 1968. *La Iglesia contra la República española*. Vieux: Grupo de Amigos del Padre Llorens; Llorens, J. M. 1971. *La Meva Tarragona*. Andorra [sin referencia a la editorial]; Ragner, H.

sacerdotales en el Seminario de esta misma ciudad, donde tuvo como superior a Isidro Gomá, futuro primado de España precisamente durante los años de la guerra, y como compañeros a dos prelados que se convertirían en exponentes de la política de acatamiento al régimen republicano: el arzobispo de Tarragona Vidal i Barraquer y el obispo de Gerona Cartanyá.³

A Isidro Gomá decía haber llegado a conocerle «muy a fondo» y recordaba que sus discursos «eran siempre de carácter disciplinar, no espiritual».⁴ Pero con quien más relación mantuvo fue con Vidal i Barraquer a quien conoció «cuando éramos aún niños, es decir, cuando comenzó sus estudios sacerdotales» y con quien vivió «momentos y horas inolvidables».⁵ Debido a que el padre de Llorens era amigo de un tío del futuro arzobispo de Tarragona, ambos se relacionaron «con toda intimidad y libertad de niños» y «Francisco se complacía en jugar como otro niño con nosotros, que teníamos entonces once años». Cuando abandonaron el seminario la frecuencia de sus encuentros disminuyó, pero las ocasiones en que se veían, que «no eran raras», Llorens seguía pasando «con él momentos deliciosos de amenidad y sencillez».⁶

Apasionado por la música desde muy pequeño, estudió en el Conservatorio del Liceo de Barcelona, donde obtuvo el título de profesor de piano y órgano con brillantes calificaciones; y a los 14 años debutó

1977. *La espada y la cruz (La Iglesia 1936-1939)*: 185-186 Barcelona: Bruguera; Corts i Blay, R., Galtés i Pujol, J., Manent i Segismon, A. (dirs.) 2000. *Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya*, Volumen II: 504 Barcelona: Generalitat de Catalunya-Claret; Cárcel Ortí, V. 2006. *Diccionario de sacerdotes diocesanos españoles del siglo XX*: 687 Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

³ Sobre Gomá véase: Dionisio Vivas, M. A. 2011. *Isidro Gomá ante la dictadura y la República. Pensamiento político-religioso y acción pastoral*. Toledo: Instituto Teológico San Ildefonso. Sobre el cardenal Vidal i Barraquer véase: Batllori, M. y Arbeloa, V. M. 1971. *Eclesia i Estat durant la Segona República Espanyola: 1931-1936*. Montserrat: Monestir; Muntanyola, R. 1971. *Vidal i Barraquer, el cardenal de la paz*. Barcelona: Estela. Una comparación entre el pensamiento de Gomá y Vidal i Barraquer en Comas, R. 1974. *Gomá-Vidal i Barraquer: Dues visions antagòniques de l'Esglesia del 1939*. Barcelona: Laia. Sobre el obispo Cartanyá véase: Clará, J. 2000. *Epistolari de Josep Cartañà, bisbe de Girona (1934-1963)*. Barcelona: l'Abadia de Montserrat; Clará, J. 1983. *El bisbe de Girona davant la guerra d'Espanya (1936-1939)*. Girona: Góthia.

⁴ Llorens, J. M. 1968: 30 y 150.

⁵ Probablemente Llorens esté utilizando aquí el plural mayestático para referirse sólo a sí mismo, ya que Vidal i Barraquer era veinte años mayor que Llorens, por lo que cuando se conocieron el segundo podría ser un niño, pero el primero no.

⁶ *Ibidem*: 168-169.

como concertista de piano en el Ateneo Tarraconense de la clase obrera.⁷

Gran admirador de la música y la cultura catalana, en los primeros años del siglo XX fue uno de los impulsores de los grupos de sardanistas en su ciudad natal, para frenar la difusión de bailes «exòtiques» que, a su juicio, «no s'adeien gens amb els nostres costums seriosos i sobris».⁸ Sin embargo este catalanismo cultural no parece haber adquirido en el caso de Llorens una dimensión política, a diferencia de lo que sucedió con otros clérigos catalanes.

El 17 de octubre de 1911 cantó su primera misa en Montserrat y su primer destino como sacerdote fue la ciudad de Huesca. Según la biografía de autor anónimo que aparece en la edición española de *La Iglesia contra la República española*, Llorens había opositado con anterioridad a la plaza de maestro de capilla de la catedral de Tarragona, pero no consiguió el nombramiento por motivaciones políticas que no se especifican. Existen también algunas contradicciones en cuanto al papel que desempeñó en el orfeón oscense. Todos los autores consultados afirman que fue su fundador, pero en la documentación existente en el Archivo Diocesano de Huesca, consultado por Luisa Marco Sola, aparece como fundador José María Lacasa y Llorens únicamente como colaborador en dicha institución, para la cual compuso varias obras.⁹ Parece que el sacerdote colaboró, asimismo, en un diario local.

El 31 de octubre de 1918 Llorens abandonó Huesca para convertirse en Beneficiado y Maestro de capilla de la catedral de Lérida, cargo que desempeñó hasta su exilio y al que renunció el 31 de diciembre de 1952.¹⁰ En la capital leridana también dio clases en el Seminario y ocupó por oposición una plaza de profesor de piano en la Escuela Municipal de Música.

La composición, enseñanza y difusión de la cultura musical ocupó buena parte de su tiempo a lo largo de los años anteriores a la guerra

⁷ El Ateneo Tarraconense de la Clase Obrera se fundó en 1895 con el objetivo de mejorar la formación profesional y la educación de los trabajadores. También desarrollaba actividades culturales como veladas musicales o teatrales. Sobre las actividades formativas del Ateneo Tarraconense ver: Manuel Nogueras, A. 1990. *El Ateneo Tarraconense de la clase obrera: su dimensión pedagógica*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

⁸ Llorens, J. M. 1971: 72.

⁹ Marco Sola, L. 2012. *El Evangelio Rojo. Sacerdotes antifranquistas durante la Guerra Civil española (1936-1939). Pensamiento, actividad propagandística y contestación a la «Cruzada»*: 529 Universidad de Zaragoza (Tesis de doctorado inédita).

¹⁰ Archivo del Ministerio de Justicia, exp.2855/1707.

civil. Por lo que respecta a sus composiciones, la mayoría se han perdido o han sido olvidadas. Sólo hemos encontrado referencias a que en 1933 escribió un comentario pianístico para la conmemoración del centenario de Goethe, a petición del Instituto de Segunda Enseñanza. En 1933 publicó un libro titulado *Teoría de la Música*.¹¹ Lluís Millet, autor del prólogo, presentó la obra como un exponente del renacimiento cultural catalán y a su autor, a quien reconocía no conocer más que por sus obras musicales, como un músico elegante, serio y prometedor.¹² Llorens dio también numerosas conferencias sobre música y se ocupó de iniciar a los alumnos de las escuelas primarias en el estudio de esta disciplina.¹³ Pero no sólo destacó por su labor en el plano teórico y docente, sino que debió ser también un buen pianista, ya que en el ejercicio de oposición que realizó en la Escuela de Música, aunque estaba «rigurosamente prohibido», el público prorrumpió «en estruendosos aplausos» ante su «magnífica interpretación».¹⁴

Asimismo, al menos en opinión de sus amigos, Llorens era un virtuoso de la mecanografía y «tecleaba en su máquina de escribir con la fuga y el dominio que pusiera al enfrentarse con una sinfonía de Bach o de Beethoven, de los que era magistral intérprete».¹⁵

Salvador Roca i Lletjos, amigo de Llorens desde los años en que estuvo en Lérida y con quien siguió manteniendo relación en el exilio, le define como un «hombre de formación sólida, sensibilidad delicada y cultura literaria y artística refinada»; modesto, generoso y con un gran «espíritu de servicio y sacrificio»; de firmes principios, pero, al mismo tiempo, tolerante y abierto; fino observador y buen conversador, de «dialéctica suave, llena de respeto y comprensión» y capaz de manejar «con mucha elegancia» el humor y la ironía. Y como sacerdote, lo considera «ejemplar», un «modelo de fraternidad, tolerancia y amor al prójimo».¹⁶

La lectura de obra de Giovanni Papini, *Gog*, publicada en 1930, constituyó, como el mismo Llorens reconoce, un punto de inflexión en su evolución ideológica y religiosa. En uno de los párrafos del libro el

¹¹ Llorens, J. M. 1933. *Teoría de la Música*. Lleida: Arts. Gráficas Ilerda.

¹² Lluís Millet i Pagès (1867-1941) fue un destacado representante del modernismo musical. Al igual que Llorens, estudió en el conservatorio del Liceo de Barcelona. En 1891 fundó junto a Amadeu Vives el Orfeón Catalán; en 1904 fundó la *Revista Musical Catalana-Bulletí del Orfeó Català*; y entre 1904 y 1921 promovió las «Festes de la Música Catalana». www.gaudialgaudi.com/N004millet.htm.

¹³ Llorens, J. M. 1968: solapa anterior del libro (sin referencia al autor).

¹⁴ *Ídem*.

¹⁵ *Ibidem*: 401.

¹⁶ Llorens, J. M. 1971: 7-9 (prólogo de Roca i Lletjos)

protagonista define al cristianismo como «una religión demasiado sublime» que «contradice y condena los instintos más arraigados» del hombre, porque impone el amor al prójimo, el perdón a los enemigos y el desprecio de la riqueza. Las «palabras brutales, pero sinceras» de Gog le indujeron a realizar «una especie de examen de conciencia» sobre «el valor y la calidad espiritual y moral» de su vida y a rectificar «ciertas propensiones que, de manera frecuentemente imperceptible, arraigan en nuestra alma y le causan daños y estragos a veces irreparables».¹⁷

De su posición respecto al régimen republicano con anterioridad a la guerra civil sabemos poco, quizás porque, como señala Joan Misser, aunque tenía «les seves opcions polítiques», era ante todo «un home d'Esglesia» y su concepción del sacerdocio «no li permetia d'avantposar aquestes opcions a les exigències del seu ministeri».¹⁸ Sin embargo, afirmaba en su libro que contribuyó al advenimiento de la República votando a las candidaturas republicanas el 14 de abril de 1931 «con el deseo y la esperanza de que el nuevo régimen reparase las injusticias sociales de la monarquía», aún dando por supuesto que como sacerdote se vería perjudicado; aunque negaba haber pertenecido nunca a algún partido político.¹⁹ La única actividad pública que se le conoce en este periodo no ligada a la música son unas conferencias en Radio Lérida, cuyo contenido desconocemos, pero que según Misser escandalizaron a los sectores católicos más conservadores, aunque no parecen haberle generado conflicto alguno con su prelado.²⁰

GUERRA Y EXILIO: LA ALINEACIÓN DEFINITIVA CON LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

En Lérida la sublevación militar del 18 de julio de 1936 no triunfó, en gran medida como consecuencia de la derrota de los sublevados en Barcelona, pero también por la intervención de milicias anarquistas, comunistas y socialistas. Ante la incapacidad de reacción de las autoridades republicanas, las organizaciones obreras tomaron las calles y desencadenaron un proceso de revolución social, acompañada, sobre todo en los primeros meses, de una represión indiscriminada de los elementos considerados implicados o afines al alzamiento. La represión,

¹⁷ Llorens, J. M. 1968: 368-369. Giovanni Papini (1881-1956) escritor y periodista italiano comprometido con la renovación cultural y literaria italiana de principios del siglo XX. Estuvo vinculado al fascismo. Agnóstico y anticlerical en su primera época, tras la II Guerra Mundial ingresó en un convento franciscano. Sobre Giovanni Papini véase: Cervera Salinas, V., Hernández González, B. y Adsuar Fernández, M.D: 2007. *Giovani Papini. El prisionero de sí mismo*. Murcia: Editum.

¹⁸ Misser, J. 1967. «El canonge Llorens». *Serra d'Or* año IX 10: 18

¹⁹ Llorens, J. M. 1968: 57 y 329.

²⁰ Misser, J. 1967: 19.

que comenzó el 20 de julio, golpeó con especial dureza al clero. Casi el 66% del clero de la diócesis leridana fue asesinado. Muchos sacerdotes habían abandonado sus pueblos vestidos de paisano camino de la capital, con la esperanza de conseguir subir a un tren que los acercase a la zona controlada por los sublevados. La mayoría fueron localizados y asesinados, muchos en la misma calle, o encarcelados. Los templos y los conventos fueron asaltados y destruidos total o parcialmente.²¹

La violencia anticlerical que se desató a raíz del fracaso de la sublevación militar en Lérida trastornó profundamente a Llorens, pero no le sorprendió porque la esperaba. En estas terribles circunstancias encontró «no poco consuelo» en la lectura de «La Iglesia quemada», de Joan Maragall, escrita con motivo de otra explosión anticlerical: la que acompañó a la «Semana trágica» de Barcelona de 1909.²² Y es que el texto de Maragall, además de su belleza, ofrecía a Llorens un argumento que le permitía compatibilizar su condición de sacerdote con el apoyo a la causa republicana, a pesar de la violencia anticlerical, una contradicción a la que tuvieron que enfrentarse todos los clérigos que se mantuvieron fieles al Gobierno. La justificación del anticlericalismo como fruto de la traición de la Iglesia al pueblo por su vinculación con las clases acomodadas y, por tanto, con a la derecha política son argumentos esgrimidos reiteradamente por el clero disidente, en buena parte de cuyos escritos e intervenciones públicas latía también, aunque no siempre se expresase abiertamente, el deseo de una nueva Iglesia y una nueva pastoral más enraizada en la problemática social de su tiempo.²³ Ambas cuestiones aparecen claramente en el texto de Maragall escrito casi treinta años antes:

²¹ Saguès San José, J. 2001. *Lleida en la Guerra Civil espanyola (1936-1939)*: 3-36, 317-318 y 374-385 Universidad de Lérida (tesis de doctorado inédita): <http://hdl.handle.net/10803/8221>; Manent i Segimon, A. y Raventos i Giral, J. 1984. *L'Església clandestina a Catalunya durant la guerra civil (1936-1939). Els intents de restablir el culte públic*: 29-30 Barcelona: L'Abadía de Montserrat.

²² Llorens, J. M. 1968: 362. Joan Maragall (1860-1911) fue un poeta y escritor católico vinculado al modernismo literario. «La Iglesia quemada» es un artículo periodístico publicado en *La Veu de Catalunya* el 18 de diciembre de 1909.

²³ Para la interpretación del conflicto civil por parte del clero disidente véase: Gallegos Rocafull, J. M. 1937. *La carta colectiva de los obispos facciosos. Replica por...* Madrid-Valencia: Ediciones Españolas; García Morales, J. [sin fecha de edición]. *Texto íntegro de los Tres Discursos pronunciados ante los micrófonos del Ministerio de la Guerra, el día 21 de Agosto; del Cuartel de los Regimientos de Ferrocarriles de Leganés, el día 6 de Septiembre; y del Partido Comunista, el día 13 de Septiembre, por el sacerdote don...* Madrid: Socorro Rojo Internacional; García Morales, J. 1936. «Témoignages Chrétiens sur L'Espagne tragique. Le Père García Morales». *Homo. Revue bimensuelle de culture et d'action sociales* [Bruxelles], 31: 164-

«Yo nunca había oído una misa como aquella. La bóveda de la iglesia descalabrada, las paredes ahumadas y resquebrajadas, los altares destruidos, ausentes, y sobre todo aquel gran vacío negro en el fondo donde estuvo el altar mayor [...] daba la impresión de que oíamos la Misa en medio de la calle. El sol caía de lleno en la mesa de madera donde el sacerdote, pobremente ornamentado, celebraba [...]

Yo nunca había oído una Misa como aquella. El sacrificio estaba allí presente, vivo y sangrante, como si el Cristo volviese a morir por los hombres [...]

Y entonces me asaltó el pensamiento, el sentimiento de que la Misa siempre debería oírse así, y me pareció que, después de ofrecer el Sacrificio, el sacerdote se volvía de cara a la gente que seguía entrando por el portal sin puerta [...] y decía, gritando, a la multitud:

“Entrad, entrad, la puerta está abierta: vosotros mismos os la habéis abierto con el fuego y el hierro del odio; y he aquí que ahora halláis dentro el Misterio más grande del Amor redivivo. Destruyendo la Iglesia habéis restaurado la Iglesia, porque ésta es la verdadera, ésta es la viva, ésta es la que se fundó para vosotros, los pobres, los oprimidos, los desesperados, los llenos de odio... Y como la veáis cerrada, enriquecida por dentro, amparada por los ricos y poderosos [...] vosotros, con vuestra pobreza, y vuestra rebelión y vuestra desesperación y vuestro odio, habéis acometido su puerta y abierto una brecha en sus muros tan firmes y os la habéis reconquistado. Y a nosotros, sus ministros, nos habéis devuelto con la persecución, la antigua dignidad, y a nuestra palabra, la eficacia con vuestra blasfemia [...]

165; Lobo, L. 1937. *Primate and Priest*. Londres [sin referencia a la editorial]; Onaindía, A. 1973. *Hombre de paz en la guerra*. Buenos Aires: Editorial Vasca Ekin; Zumeta, A. 1937. *Un cardenal español y los católicos vascos. La conciencia cristiana ante la guerra de la Península Ibérica*. Bilbao: Minerva; Vilar i Costa, J. 1938. *Montserrat. Glosas a la Carta Colectiva de los Obispos Españoles*. Barcelona: Instituto Católico de Estudios Religiosos. Un análisis del clero disidente y su interpretación del conflicto en Marco Sola, L. 2012; Tezanos Gandarillas, M.L. 1999. «El clero disidente frente a la legitimación religiosa del régimen franquista», en *Tiempos de Silencio. Actas del IV Encuentro de Investigadores del Franquismo*: 426-431. Valencia

Sí, ahora lo veo, la Iglesia vive de la persecución porque nació consustancial a ella; y su mayor peligro está en la paz. Por eso es un instinto del pueblo el perseguirla cuando la ve triunfante para recobrarla en su estado sustancial [...]

¿De dónde les viene esa fe y ese valor? ¿Y no os lo habéis preguntado nunca, vosotros, al condenarlos? [...]

Yo os lo diré: a que su fe, aunque sin luz, es una fe viva, y la vuestra, a pesar de venir desde hace siglos su luz del cielo, es una fe muerta [...]

Ahora los que ya no van os han quemado la iglesia; perdonadles, porque de ellos sí que puede decirse con toda propiedad “que no saben lo que hacen” y que no tienen toda la culpa de no saberlo. Haced que lo sepan [...] No reedificuéis las ruinas, no borréis la sangre, no pongáis bálsamo al dolor; porque no existe mejor cebo ni carnada para atraer a los descontentos ni a los que sufren [...]».²⁴

Llorens, al igual que Maragall, pensaba el sacerdote debía estar siempre, como Jesucristo, «al lado de los oprimidos y contra los agresores»; y consideraba que los sublevados representaban la negación de los ideales cristianos de justicia y amor al prójimo. En consecuencia, optó por permanecer fiel al gobierno republicano, pese a la violencia anticlerical, que redujo a 6 el número de clérigos residentes en la capital leridana. Aunque en un primer momento, se vio obligado a esconderse, cuando la violencia disminuyó, ofreció su colaboración a la Generalitat que le nombró director de la Escuela de Música de la ciudad y funcionario de la Consejería de Economía. La protección de las autoridades y el prestigio de que gozaba entre las clases populares como adalid de la justicia social, republicano y catalanista le permitieron permanecer en la ciudad sin ser molestado. Por lo demás, a diferencia de otros sacerdotes que apoyaron la causa republicana, durante estos años siguió llevando una vida discreta y no participó en ninguna actividad pública. Tampoco parece haber realizado ninguna actividad pastoral, ya que Manent y Raventós no lo mencionan entre los sacerdotes que intentaron mantener el culto en la ciudad de forma clandestina.²⁵

²⁴ Reproducido en Benet, J. 1966. *Maragall y la Semana trágica*: 184-193 Madrid: Península.

²⁵ Llorens, J. M. 1968: solapa posterior del libro (sin referencia al autor); Cárcel Ortí, V. 2006: 687; Corts i Blay, R., Galtés i Pujol, J., Manent i Segimon, A. (dirs.) 2000: 504; Manent i Segimon, A. y Raventos i Giralt, J. 1984: 142. Según Manent y Raventós sólo dos sacerdotes se ocuparon de mantener el culto clandestino en la Lérida republicana.

La vida de Llorens durante la guerra, al igual que la del resto de los leridanos, no fue fácil por los problemas de abastecimiento que sufrió la ciudad desde finales de 1936 y que se agudizó con la llegada de refugiados de otras zonas de la España republicana; y, desde el otoño de 1937 por los bombardeos aéreos. Como consecuencia de la ofensiva franquista sobre Cataluña desde el frente aragonés, que se inició el 9 de marzo de 1938, Lérida se vio amenazada y el 27 del mismo mes se dio orden de evacuar la ciudad. Desde el día 3 de abril la ciudad se convirtió en frente de batalla hasta su ocupación total por el ejército franquista el 23 de diciembre de 1938.²⁶

Aunque ni Llorens ni sus biógrafos mencionan cuando se produjo su salida de Lérida, habrá que suponer que la abandonaría a finales de marzo del 38, cuando se evacuó la ciudad ante el avance de las tropas franquistas. De los diez meses que transcurren entre su salida de Lérida y la caída de Barcelona, nada dicen tampoco sus biógrafos sobre donde y como transcurrió su vida. Posiblemente, como tantos otros, se trasladaría a Barcelona, donde quizás la Generalitat le asignase otro trabajo.

* * * * *

El 26 de enero de 1939, tras la caída de Barcelona Llorens y su sobrino Alejandro se sumaron al éxodo republicano de medio millón de personas hacia la frontera francesa. Hicieron el camino, casi 100 kilómetros, «a pie». Para él, como para tantos otros, fue una «ruta dolorosa», en la que «dejábamos hermanos muertos o heridos o faltos de fuerzas por la fatiga y la privación de lo más esencial a la vida». Por dentro, el corazón le «sangraba por la herida abierta por la separación dolorosa, brutal, de lo que más queríamos en este mundo: la Patria, la familia, los amigos». Y en el último instante antes de abandonar España «el dolor agudo de decir “Adiós” al último pedazo de tierra querida oprimía nuestro corazón, torturado ya por tantos sufrimientos de todo género». El 8 de febrero, un día antes de la llegada de las tropas franquistas y tras diez días de viaje, Llorens atravesó la frontera francesa, probablemente por Le Perthus, aunque no lo menciona, ya que fue la principal puerta de entrada de los refugiados españoles procedentes de Cataluña. Llegaron «al destierro», como todos: «agotados, con la visión horrible de una mortandad inexorable, inhumana, injustificable, monstruosa: bombardeos, ametrallamientos hasta el borde de la frontera de la nación que nos acogía»; y «faltos de todo, con solamente lo que llevábamos encima, nuestros vestidos más o menos rotos por un viaje tan largo y duro».²⁷

²⁶ Saguès San José, J. 2001: 615-618.

²⁷ Llorens, J. M. 1968: 260-261 y datos biográficos de la solapa posterior del libro sin referencia al autor; Dreyfus-Armand, G. 1999. «Les mouvements

Una vez en Francia, Llorens, pese a su condición de sacerdote, fue considerado, como la inmensa mayoría de los refugiados varones, un extranjero «indeseable» y recluido en un campo, en cumplimiento del decreto del Gobierno francés de noviembre de 1938. En su caso se trató del campo de Argelès-sur-Mer, en la costa mediterránea, que en el mes de febrero de 1939 no era más que un extenso arenal cercado por alambradas y batido por la tramontana, bajo la constante vigilancia de guardias franceses y soldados africanos.²⁸ Cuando estuvo Llorens se hacinaban allí varias decenas de miles de republicanos españoles «sin nada para comer, ni tan sólo agua potable, durmiendo al raso, sin techo ni refugio de ninguna clase, expuestos al sol, al frío, a la lluvia, sobre la arena de la playa»; luchando por sobrevivir «en aquellas condiciones inclementes y llenas de peligros de hambre, frío, enfermedades inevitables en tales aglomeraciones y en condiciones duras a las que no estábamos acostumbrados». En esas condiciones los días se le hacían «interminables, grises, tristes, desoladores» y «de una monotonía abrumadora», pero la fe le ayudó a resistir. Estaba convencido de que «nuestra fe en Dios, la idea de que Dios lo quería así y que nuestro deber de cristianos era de aceptar, con confianza en Él, lo que Él quería o permitía» fue lo que le salvó «de todos los peligros que nos rodeaban».²⁹

Pero no culpó a Francia, «una de las democracias más auténticas, humana y hospitalaria», de las terribles condiciones de vida que padecieron muchos de los exiliados españoles en los primeros

migratoires dans l'exil», en L. Domergue (ed.), *L'exil Républicain espagnol à Toulouse 1939-1999* : 24-25. Toulouse : Presses Universitaires du Mirail. Cabe la posibilidad también de que atravesase la frontera por Port-Bou, que no cayó en poder de las tropas franquistas hasta el día 10, pero es menos probable porque la distancia desde Barcelona era mayor y fue un paso fronterizo menos frecuentado.

²⁸ Llorens, V. 1976. *El exilio español de 1939. I La emigración republicana*: 100 Madrid: Taurus; Soriano, A. 1989. *Exodos. Historia oral del exilio republicano en Francia 1939-1945*: 72 Barcelona: Crítica; Temine, E. 1999. «Les camps d'internement espagnols dans le Midi de la France», en L. Domergue (ed.), *L'exil Républicain espagnol à Toulouse 1939-1999* : 47-49. Toulouse : Presses Universitaires du Mirail. La descripción que hace Llorens de las pésimas condiciones del campo de Argelès no es exagerada. Temine coincide con él en que por esas fechas Argelès sólo contaba con algunos barracones-enfermería, por lo que los internados se veían obligados a comer, dormir y defecar en la propia playa. En los primeros tiempos la enfermería ni siquiera estaba dotada de personal sanitario ni medicinas, durante todo el mes de febrero la alimentación fue insuficiente y el agua a menudo no era apta para el consumo. Todo ello tuvo como consecuencia una tasa de mortalidad extremadamente alta debido a la disentería, el tifus o la avitaminosis.

²⁹ Llorens, J. M. 1968: 261.

momentos. Lo que había ocurrido, a juicio de Llorens, era que «no estaba preparada para recibir esta avalancha» de refugiados y, debido a ello, tuvo «que improvisar grandes aglomeraciones humanas en campos de concentración».³⁰ No le faltaba razón. Según Temine, las condiciones inhumanas que padecieron los republicanos españoles en los primeros tiempos del exilio se debieron a que las autoridades francesas no estaban preparadas para recibir un flujo de refugiados tan grande.³¹ Sólo habían previsto la llegada de algunos miles de combatientes. De hecho, en enero de 1939, cuando la caída de Cataluña era inminente, el Gobierno republicano sólo había solicitado asilo para unas 50.000 personas, combatientes incluidos, quizá porque su intención era continuar la lucha en la zona centro-sur, que aún permanecía bajo control republicano.

En estos primeros días de exilio, seguramente desde Argelés, escribió al cardenal Gomá «siete palabras justas sobre una tarjeta de visita», que era «lo único que teníamos para escribir»; diciéndole lo siguiente: «Lamentamos nuestra antigua amistad con Vd. Llorens». Cuando la envió ignoraba que Gomá estaba a las puertas de la muerte debido a una grave enfermedad; «de haberlo sabido no las habríamos escrito». Realmente nunca llegó a saber si la tarjeta llegó a manos del arzobispo de Toledo, pero preferiría que no la hubiese recibido, ya que hubiese sentido «sinceramente» que sus palabras «hubiesen venido a añadir una nueva congoja a su agonía».³²

Tras un corto periodo de tiempo en Argelés, marchó a París, donde el cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon, le ofreció una sotana; la misma que Llorens vistió hasta el día de su muerte. Sin embargo, no obtuvo autorización del Gobierno para residir en el departamento del Sena y tuvo que abandonar la capital francesa. Como hicieron la mayor parte de los exiliados catalanes, fijó su residencia en el Languedoc, en la pequeña ciudad de Montauban, cercana a Toulouse, capital del exilio catalán.³³ Allí residió entre septiembre de 1939 y 1945, trabajando como profesor

³⁰ *Ídem.*

³¹ Temine, E. 1999: 43-46

³² Llorens, J. M. 1968: 150-151. Miguel Angel Dionisio, que ha trabajado con la documentación del cardenal Gomá conservada en el Archivo de Toledo, no ha encontrado hasta el momento la tarjeta a la que hace referencia Llorens, por lo que es muy posible que no llegara a sus manos.

³³ Sobre el exilio catalán en Francia véase: Domergue, L. 1999. «Les Catalans en exil à Toulouse entre 1939 et 1975», en L. Domergue (ed.), *L'exil Républicain espagnol à Toulouse 1939-1999*: 143-171. Toulouse : Presses Universitaires du Mirail.

de música en el «Petit Séminaire» y como limosnero de los refugiados españoles.³⁴

Debido a su trabajo entre los exiliados Llorens conoció bien «las dificultades de todo orden» que debieron «ir venciendo, día tras día, hora tras hora» los que él consideraba sus «hermanos de exilio». Asistió «a personas de todas condiciones sociales, de todas edades e ideas», a «enfermos» y «moribundos», lo que le llevó a presenciar «escenas de una desolación indecible». Pero, lo más doloroso para el sacerdote «era ver personas que tenían necesidad de ciertos remedios o alimentos, que a nosotros no nos era posible procurarlos, ya que nos faltaban medios materiales para ello».³⁵ El propio Llorens sufrió considerables estrecheces económicas a lo largo de sus años de exilio, entre otras razones, porque renunció a percibir el salario que como canónigo de Lérida le correspondía legalmente.³⁶

También le provocó un profundo dolor constatar que los exiliados españoles eran «completamente olvidados y hasta despreciados por la Jerarquía española». Cuando los republicanos españoles soportaban las duras condiciones de vida de los campos de concentración franceses «nunca se supo que ningún obispo español hubiera aportado el más pequeño alivio espiritual o material, a fin de hacer más soportables las privaciones y sufrimientos que allí padecían»; y siempre que había «preguntado a obispos franceses si alguna vez algún obispo español les había rogado interesarse por los españoles exiliados, desventurados, que se hallaban en su diócesis», la respuesta fue «negativa».³⁷

La Iglesia española, al no ocuparse en aquellos momentos de los exiliados, dejó pasar «una ocasión magnífica» y «quizá única» de contribuir a la reconciliación de los españoles, deshaciendo los «odios y prevenciones» que había provocado el conflicto «entre hijos de un mismo pueblo»; y «un momento oportunísimo para ejercer la caridad» y dar pruebas de «fraternidad cristiana».³⁸

Las consecuencias de este abandono, a juicio de Llorens, habían sido desastrosas para la causa del catolicismo, porque, debido a él, «el mundo desterrado español ha dejado toda práctica religiosa y no quiere

³⁴ Llorens, J. M. 1968: solapa posterior del libro (sin referencia al autor). Joan Vilar i Costa, a quien ya hemos mencionado antes, trabajó también con los exiliados españoles en la zona de Toulouse.

³⁵ Llorens, J. M. 1968: 364-365.

³⁶ Misser, J. 1967: 18.

³⁷ *Ibidem*: 155 y 364-365.

³⁸ *Ibidem*: 275 y 364.

oír hablar de religión». ³⁹ Él mismo había podido comprobarlo personalmente en numerosas ocasiones:

«Hemos sido invitados a dar conferencias en centros donde vivían numerosos españoles exiliados. Al preguntar que tema podíamos tratar que interesase al auditorio, se nos ha dicho que podíamos tratar cualquier tema, con exclusión de todo tema religioso, que sería mal recibido.

Alguna vez [...] hemos probado de encontrar una derivación, discreta y pasajera hacia un tema religioso. El auditorio se ha manifestado visiblemente contrariado. Y, más de una vez, terminada la conferencia, se nos ha manifestado que, a no ser por atención a nuestra humilde persona, el auditorio habría protestado, en una forma u otra de nuestra digresión inesperada.

[...] Hemos preguntado alguna vez de dónde venía, cual era el motivo de este divorcio lamentable. La respuesta ha sido siempre la misma: la actitud de la gente de iglesia y, sobre todo, es claro, de la Jerarquía, durante la guerra y su desinterés por los exiliados desamparados». ⁴⁰

Pasaron muchos años antes de que algún obispo español se pusiese «en contacto con los españoles del exilio». Y cuando sucedió, en opinión de Llorens, ya había pasado «el momento oportuno que hubiera podido tener resultados importantísimos en el orden religioso». En consecuencia, la indiferencia de la Iglesia española ante la realidad del exilio constituía a juicio del sacerdote «una nueva, una tremenda responsabilidad del episcopado español» que tendría, «inevitablemente, repercusiones graves en el porvenir de España». ⁴¹

Y lo mismo podía decirse de la Santa Sede, que no mostró hacia los republicanos españoles la consideración que en opinión de Llorens merecían. El mensaje que Pío XII dirigió a los españoles con motivo de la victoria final de los sublevados, en su «condición de desterrado», le dejó «el corazón sangrando de dolor» por «inconsiderado» e «inoportuno». En él, el Papa «hablaba de victoria», lo cual «implica, necesariamente», la existencia de «vencedores y vencidos», y esto por sí sólo era suficiente para calificar el mensaje de «discutible y hasta reprobable por indelicado, ya que forzosamente había de herir a los vencidos». Pero además, «no pensó más que en los militarmente vencedores y con absoluto desprecio de los vencidos», entre los que «figuraban muchos católicos, sacerdotes

³⁹ *Ibidem*: 365.

⁴⁰ *Ídem*.

⁴¹ *Ibidem*: 366.

y religiosos», aconsejó a estos últimos «rendirse y unirse al vencedor, a aquel que les había hecho víctimas de toda suerte de ultrajes», haciéndoles «la ofensa de creerles capaces de abdicar de su dignidad de hombres libres y conscientes de su deber cívico».⁴²

Llorens hubiese deseado que el mensaje del Papa fuese completamente diferente. Creía que debería haber instado a los vencedores a reflexionar sobre la posibilidad de que, «en el fragor de la lucha», hubiesen «rebasado los límites de lo justo y lo lícito», a pensar «que razón y fuerza, victoria y derecho no siempre van a la par» y a reparar «las injusticias» y «los crímenes» que habían cometido; y a la jerarquía católica española a pensar en los vencidos, a ocuparse de ellos, para «que sepan y les probéis que vuestra caridad sacerdotal sabe situarse por encima de todas las razones de partido y de política», anunciando además que la propia Santa Sede les facilitaría los «medios materiales» necesarios para hacerlo.⁴³

Pese a su discrepancia radical con la posición adoptada por la Iglesia ante la guerra civil española y el mundo del exilio, con el que tan identificado se sentía, Llorens no perdió la fe ni renegó de sus creencias religiosas. Muy por el contrario, su fe se hizo «más fuerte y más necesaria que nunca», porque entendía que «un hombre, por papa que fuese, no podía hacernos renegar de aquello que poníamos por encima de todo, que amábamos más que a nosotros mismos: Dios».⁴⁴

En 1945 Llorens abandonó Montauban y su trabajo con los exiliados españoles para hacerse cargo de la parroquia de Campsas, una pequeña localidad de 500 habitantes cercana a su residencia anterior. Nueve años después, cuando la arteritis le impidió continuar con su labor como párroco, fue nombrado limosnero del convento de La Molle, en las afueras de Montauban.⁴⁵ Pero en 1957 el agravamiento de su enfermedad, que apenas le permitía caminar, le obligó a dejar también esta última actividad, retirándose a Labastide-saint-pierre, localidad de unos 1000 habitantes a 4 kilómetros de su antigua parroquia de Campsas, donde se le autorizó a mantener una capilla particular y siguió trabajando infatigablemente a pesar de su avanzada edad y su mala salud.⁴⁶

⁴² *Ibidem*: 273 y 275.

⁴³ *Ibidem*: 274.

⁴⁴ *Ibidem*: 275-276.

⁴⁵ La arteritis es una inflamación de las arterias que provoca importantes dolores musculares.

⁴⁶ *Ibidem*: datos biográficos de la solapa posterior del libro sin referencia al autor; Llorens, J. M. 1971: contraportada (sin referencia al autor); Cárcel Ortí, V. 2006: 687.

Durante todos estos años Llorens mantuvo una estrecha relación con los círculos republicanos: el músico Pau Casals, el político Ventura Gassol y otras personalidades del exilio se contaban entre sus amistades; y en 1940 visitó a Manuel Azaña que, en aquél tiempo y ya gravemente enfermo, residía en Montauban. También mantuvo una buena amistad con el obispo, Pierre Marie Thèas, y con su sucesor monseñor Courèges, quien solía acudir a visitarle a Labastide. Las puertas de su casa, a la que el sacerdote llamaba la «Agencia», estuvieron siempre abiertas –literalmente– a todos, sobre todo a los más humildes, incluso después de haber sido liberado de cualquier actividad pastoral debido a su enfermedad, convirtiéndose en lugar de encuentro de los exiliados españoles de todo tipo y centro de acogida de todo aquél que se encontraba en dificultades y necesitaba trabajo, alojamiento, comida, dinero o simplemente descargar sus penas. Esta política de puertas abiertas, incluso en el más crudo invierno, no sólo impedía calentar mínimamente la casa vieja y grande de Labastide, obligando a sus residentes a confinarse en la zona menos inhóspita, sino que consumía la mayor parte del tiempo y del escaso dinero con que contaba.⁴⁷

Pese a todo, sacó tiempo para su música. Dos años antes de su muerte compuso la música para una misa popular que le había sido encargada por la diócesis de Montauban.⁴⁸ Y fue probablemente también durante los años de retiro en Labastide cuando se gestaron sus dos únicos libros conocidos de temática no musical. El último de ellos fue *La meva Tarragona*, que acabó de escribir el 21 de agosto de 1963,⁴⁹ aunque no consiguió verlo publicado antes de su muerte. Es una obra fruto de la nostalgia que sentía por su ciudad natal, de la que se hallaba alejado desde hacía más de veinticinco años y a la que sabía que no volvería. En ella Llorens plasmó sus recuerdos de infancia y juventud, aunque apenas contenga alusiones concretas a su persona. Es sobre todo una evocación de la vida, las calles, los paisajes y las gentes de la Tarragona en que vivió, escrita en su lengua materna, el catalán.

LA IGLESIA CONTRA LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Sin duda la obra más conocida de Llorens, y la más polémica, es *L'Esglesia contra la República espanyola*, publicado en 1961 bajo el seudónimo de *Joan Comas* y reeditado tras su muerte en castellano con el verdadero nombre del autor y bajo el título *La Iglesia contra la*

⁴⁷ Jarne, A. 2008. «Geografías familiares bajo la dictadura franquista: exilio, clandestinidad, prisión». *Hispania Nova* 8: 6; Misser, J. 1967: 18.

⁴⁸ Misser, J. 1967: 19.

⁴⁹ Llorens, J. M. 1971: 99.

República española.⁵⁰ La traducción se debe al propio Llorens, quien realizó también cortes y ampliaciones respecto al texto primitivo e introdujo modificaciones en la distribución de los capítulos, aunque falleció antes de acabar su tarea.

La edición de esta obra, y probablemente también de *La meva Tarragona*, fue sufragada por el *Grupo de Amigos del Padre Llorens*, una asociación creada por Palmira Pijoan, sobrina política del sacerdote, precisamente con el objetivo de editar y difundir sus libros.⁵¹ Este grupo veía lógico que la publicación de las obras de Llorens fuese «costeada por pobres», puesto que su autor, al que consideraban un «cristiano y patriota ejemplar», se había anticipado «de muy larga fecha a lo que se da en llamar estos días “Iglesia de los pobres”».⁵²

Dudaron entre publicar la obra tal como la había dejado su autor o «completar la traducción del texto catalán», utilizando «las muchas notas y cuartillas» que había dejado, y redactar los dos capítulos sobre el Concilio Vaticano II y la libertad religiosa que Llorens pensaba incluir en ella y de los cuales existía «una ficha autógrafa». Pero finalmente decidieron publicarla tal como su autor la dejó poco antes de morir.⁵³

El libro carecía de *Imprimatur*, es decir que no contaba con el visto bueno oficial de la Iglesia. Sin embargo Llorens estaba convencido de que no contenía «nada que no esté perfectamente de acuerdo con la doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia de Cristo», porque lo había sometido «al juicio severo de tres eclesiásticos con cargos importantes y de dos fervientes católicos laicos», cuyos nombres no menciona, y ninguno de ellos había puesto objeciones a su contenido.⁵⁴

La obra, dedicada a «Jesús, obrero divino de Nazaret» y «a ti, hermano obrero de todo el mundo», fue escrita con el deseo de que fuese entendida por «lectores de todas las clases sociales, especialmente la menos cultivada». Sin embargo, era consciente de que su libro estaba «destinado a causar el desagrado en la mayoría de sus lectores»: en unos, porque «lo juzgarán excesivamente “religioso”», y no les faltará razón, ya que «ha sido escrito por un sacerdote que le ha dado, consciente y fervorosamente, este carácter “religioso”»; y en otros,

⁵⁰ Comas, J. 1961. *L'Esglesia contra la República espanyola*. Toulouse: s.d.

⁵¹ *Ibidem*: 8; Jarne, A. 2008: 1. Palmira Pijoan militó en el PSUC y durante la guerra civil fue una de las fundadoras de la organización *La dona a la reraguarda*. En 1939 se exilió en Francia y fijó su residencia en Montauban, donde murió en 1995.

⁵² Llorens, J. M. 1968: 401-402.

⁵³ *Ídem*.

⁵⁴ *Ibidem*: 11-12.

porque lo encontrarán «escandaloso y hasta herético». Pero, pese a todo, estaba dispuesto a «decir aquello que nosotros hemos visto, hemos vivido, lo que creemos es verdad». ⁵⁵

La obra estaba destinada fundamentalmente al “hermano obrero español y del mundo entero”, a quien «injusticias seculares han reducido a una condición infrahumana», con la intención de provocar en ellos «una sana, juiciosa y real evolución que evite una revolución que sería fatal a todos, los de arriba y los de abajo». El propósito de Llorens era convencerles de que, a pesar de las «defecciones y traiciones a los principios intangibles, incommovibles» del cristianismo, Cristo «no fundó sino una sola Iglesia que es la Católica, Apostólica y Romana» y era en ella, por tanto, donde el obrero debía «buscar la garantía» de su «eterna salvación». Pero esto no significaba, y Llorens quiso dejarlo claro en el último capítulo de su obra, que fuese «un fanático, sino un hombre que te ama y se interesa por tu bienestar sobre la Tierra y, sobre todo, en el Cielo». ⁵⁶

Pero creía que también podía ser útil a la Iglesia y a los católicos, sirviendo «para provocar en ellos una rectificación», ya que, a su entender, «la gente de Iglesia» debía «representar un papel importantísimo» en la «evolución» del proletariado. Por ello, «combatimos con todas nuestras fuerzas lo que creemos sus errores, sus imperdonables inhibiciones con respecto a sus hermanos menesterosos». ⁵⁷

La obra de Llorens aborda cuestiones tratadas con anterioridad por otros sacerdotes, como José Manuel Gallegos Rocafull o Joan Vilar i Costa, que como él se habían decantado por el régimen republicano tras la sublevación militar de 1936, como la denuncia de la implicación de la Iglesia con los sublevados o la refutación de la tesis de la cruzada. Pero su gestación tardía le permiten incluir dos elementos novedosos: la denuncia del fracaso del nacional-catolicismo en orden a la recristianización de la sociedad española tras veinte años de vigencia; y el surgimiento de un embrionario movimiento de oposición al régimen franquista en el seno de la Iglesia católica española. También contiene una crítica a la organización interna de la Iglesia y a su forma de entender el apostolado que trasciende la realidad española y el periodo de los años 30, algo poco frecuente en los escritos de otros sacerdotes republicanos. Por último, y también como consecuencia de su elaboración tardía, nos permite conocer los planteamientos político-sociales de Llorens en los años 60 y su percepción de las nuevas teorías y prácticas pastorales que surgieron tras la II Guerra Mundial.

⁵⁵ *Ibidem*: 9-10 y 401.

⁵⁶ *Ibidem*: 399-400.

⁵⁷ *Ibidem*: 11.

La traición de la Iglesia

El libro de Llorens contenía una profunda crítica de la «flaqueza» e «infidelidad del cuerpo de pecado de la Iglesia» y presentaba a los papas y la jerarquía eclesiástica como «hombres falibles» que podían faltar y de hecho faltaban a los «deberes graves y sagrados que les han sido confiados». Pero era preciso distinguir «entre hombres y Dios» y no comprometer al segundo en las «imperfecciones y miserias» de los primeros, que habían traicionado «su misión divina» convirtiendo a la Iglesia católica en «la antítesis más absoluta» de la fundada por Jesucristo, en una «religión falseada [...] que, en el fondo, no tiene otro objeto que defender los intereses abusivos de unas clases sociales».⁵⁸

Este falseamiento se produjo, a juicio de Llorens, como consecuencia de la conversión de la Iglesia en «una gran potencia temporal» que se había acomodado a «la vida fácil» que le proporcionaba la protección del Estado, cuando «nada podía comprometer más profundamente» su misión que «esta facilidad de vida y de acción opuesta al espíritu evangélico de sacrificio». La Iglesia se aburguesó, «se acostumbró a los privilegios» y al «lujo», y su codicia de bienes materiales la llevó a «sacralizar todo aquello que podía favorecer la adquisición y el disfrute de los bienes de este mundo», profanando los auténticos valores del cristianismo; y recurriendo a «la violencia» para «hacer triunfar la religión [...] en una forma que Jesús condenó en Getsemaní».⁵⁹

Este falseamiento de la religión era lo que había provocado la pérdida de «prestigio y autoridad» de la Iglesia entre el pueblo, un prestigio que sólo recuperaría, a su entender:

«Cuando la Iglesia tenga una fe ciega en su Fundador, cuando crea prácticamente en la superioridad de las fuerzas espirituales y sobrenaturales sobre las materiales, cuando tenga plena conciencia de su misión y comprenda que la traiciona con este intercambio de privilegios con sólo [sic] el Estado, entonces la Iglesia alcanzará aquel esplendor de valor supraterráneo que le ha de ser característico».⁶⁰

Llorens aseguraba que al hacer estas críticas sólo le movía «el deseo ferviente de una Iglesia más digna de la misión que Cristo le confió: la evangelización, por la palabra, pero sobre todo por el ejemplo».

⁵⁸ *Ibidem*: 10, 13-14, 127 y 242.

⁵⁹ *Ibidem*: 68, 70-71, 77-78, 81, 125-127, 242 y 270.

⁶⁰ *Ibidem*: 80.

Él propugnaba una «Iglesia transparente y cristalina» que edificase su prestigio sobre «el culto de la verdad y de la lealtad en todas las situaciones y contra aquellos que, sean los que sean, la deshonran con sus actos». Una Iglesia en la que los católicos, laicos y sacerdotes, diesen ejemplo «constante de tales» con una «vida de sacrificio».⁶¹

Convencido de que la Iglesia debía acercarse al pueblo y desligarse de las clases privilegiadas, Llorens fue un firme partidario de la experiencia pastoral de los sacerdotes obreros. La consideraba de gran importancia para «la reconquista del mundo obrero», además de una obra de carácter «profundamente humano y evangélico». Los resultados obtenidos con esta novedosa experiencia fueron, a su juicio, «magníficos», haciendo posible el retorno a la Iglesia de hombres que hasta entonces habían vivido «alejados o totalmente divorciados» de ella. Aunque no negaba que esta forma de pastoral no estaba exenta de «errores y deficiencias», estaba en desacuerdo con su supresión, que achacaba a los defectos de la Iglesia que él había denunciado: «las informaciones tendenciosas» enviadas a la Santa Sede por los sectores eclesiásticos que no simpatizaban con la obra; y «la incompreensión de las altas esferas» que, inmersas en «una vida fácil y lujosa no pudieron comprender, ni menos tolerar el ejemplo» de unos sacerdotes «que como Cristo, entraron en contacto y compartieron a fondo la vida dura de sus hermanos obreros».⁶²

Fue también un firme partidario del diálogo marxismo-cristianismo, en orden a la búsqueda de aquellos puntos que ambas ideologías pudieran tener en común, como forma de acercamiento a unos sectores sociales que se habían divorciado de la Iglesia en buena parte, a juicio de Llorens, por culpa de ésta. Aunque rechazaba el comunismo por su carácter ateo, consideraba de justicia reconocer que había sido Marx y no la Iglesia quien había inculcado a los obreros «la conciencia de sus derechos» y ayudándole «a recorrer más rápidamente las etapas de su redención material».⁶³

Llorens, en suma, discrepaba profundamente con la orientación de la Iglesia de su tiempo: con su forma autocrática de organización interna, con su interpretación del cristianismo, con los medios utilizados para imponer su interpretación del mundo y con su vinculación al Estado y a determinadas clases sociales como medio para mantener un status privilegiado en la sociedad. Él defendía una vuelta a los orígenes, a una Iglesia volcada en el pueblo y dispuesta a fiar su prestigio y estatus social únicamente a la calidad de sus principios, puestos de manifiesto por

⁶¹ *Ibidem*: 13, 78, 126, 253, 270 y 369.

⁶² *Ibidem*: 205-206 y 302-303.

⁶³ *Ibidem*: 216-217, 299-300 y 311-312.

medio de la ejemplaridad evangélica de sus ministros y fieles. Y estos planteamientos sobre el papel de la Iglesia en la sociedad y los medios que debía utilizar para ejercerlo estaban íntimamente ligados con sus planteamientos sociales.

La justicia social: una asignatura pendiente

Llorens consideraba inaceptable que existiesen personas carentes «de lo más esencial para vivir con la dignidad que se le debe a un ser humano». No estaba dispuesto a admitirlo como inevitable «nunca, en nombre de nada» y pensaba que como sacerdote su misión era luchar contra esa realidad «con todas nuestras fuerzas». Las propias «Encíclicas sociales» habían propugnado la necesidad de establecer un orden social «basado en la justicia y en el amor fraterno», pero se habían convertido en «letra muerta», menospreciadas y traicionadas, porque la jerarquía eclesiástica no tuvo el valor de aplicarlas y los propios papas «tampoco hicieron todo lo que estaba en su mano para forzar su aplicación», permitiendo así el mantenimiento de «una situación social llena de injusticias».⁶⁴

Pero la Iglesia no sólo se había desentendido del problema social, faltando a su «deber sagrado de guiar al obrero por el camino del progreso material y espiritual», sino que había cooperado con la burguesía en «la obra sórdida e inhumana del capitalismo liberal», velando, muchas veces «en nombre de la religión», por el mantenimiento de un «orden que protege y guarda los bienes de los privilegiados»; Un orden que, a juicio de Llorens, «se opone a la justicia y a la caridad» y que propugna en realidad «el desorden». Por lo que se refiere a España en concreto, la Iglesia había «tolerado –cuando no visto con satisfacción– esta opresión y esclavitud en que ha vivido y vive el pueblo», porque era ese «el orden que deseaba».⁶⁵

A esta tolerancia de la Iglesia ante la injusticia social había que achacar el odio que buena parte de los trabajadores demuestra ante los representantes de la Iglesia, los sacerdotes, quienes aparecen ante ellos como defensores «de los intereses de sus opresores»; y también era en ella donde había que buscar el origen de las revoluciones, que las propias encíclicas papales preveían, aunque cuando se hacían realidad, inexplicablemente «el mundo católico, incluso los papas, no sólo parecen extrañarse de ello, sino que además protestan con gran vehemencia y ponen el grito en el cielo».⁶⁶

⁶⁴ *Ibidem*: 54, 237, 280 y 282.

⁶⁵ *Ibidem*: 68, 125, 216, 297 y 300-301.

⁶⁶ *Ibidem*: 42, 54, 79 y 125.

Así pues, Llorens entendía la justicia social como una exigencia del cristianismo; y la tolerancia de la Iglesia ante ella una traición al verdadero espíritu evangélico. Y de este compromiso social deriva su adscripción al republicanismo y su posición ante la guerra civil española.

Un republicano social

El 14 de abril de 1931 Llorens votó las candidaturas republicanas «con el deseo y la esperanza de que el nuevo régimen reparase las injusticias sociales de la monarquía»; y acogió con alegría la instauración del nuevo régimen que el pueblo español «se había dado libremente, legalmente», aun dando por supuesto que como sacerdote le perjudicaría.⁶⁷

La política social de la República no le defraudó, porque con sus leyes «prudentes y razonables» logró «los resultados más urgentes e indispensables», pese a que la oposición «injusta, inhumana e imbécil» de los sectores privilegiados de la sociedad española impidiera a sus gobernantes «hacer lo que hubiese querido».⁶⁸

En cuanto a la legislación religiosa, hay escasísimas referencias a ella en su libro. Era un firme partidario de la separación Iglesia-Estado por el propio bien de la Iglesia, ya que consideraba que su alianza con el poder la había obligado a «sostener al Estado en cosas que estaban en desacuerdo con el Evangelio» como contrapartida a su protección. Además, como ya vimos anteriormente, el canónigo leridano propugnaba un modelo de Iglesia que, renunciando «voluntaria y definitivamente» a la protección del poder civil, fiase su fuerza exclusivamente «en la ayuda de la Providencia». La única referencia crítica a la política religiosa de la República está relacionada con la disolución de la Compañía de Jesús, que califica de inmerecida e injusta, aunque en el fondo la justifica al añadir más adelante que probablemente había sido motivada por «razones de seguridad nacional contra una Orden extremadamente potente, adversa al régimen», reproduciendo un argumento esgrimido ya en su momento por los partidarios de su desaparición.⁶⁹

En conjunto, Llorens valoraba muy positivamente la labor realizada por los gobernantes republicanos. Reconocía que cometieron errores, pero los disculpaba con tres argumentos: la reducida «libertad de acción» del régimen republicano; la inexperiencia de la mayor parte de los gobernantes; su condición de representantes de un sector de la población «oprimido, vejado y reducido, durante siglos, a condiciones de

⁶⁷ *Ibidem*: 57, 84, 329-330.

⁶⁸ *Ibidem*: 330-331.

⁶⁹ *Ibidem*: 77, 80, 82, 126, 297 y 326.

vida intolerables»; y «la oposición feroz de sus adversarios» que estuvo en el origen de su radicalización.⁷⁰

En consecuencia, Llorens concluye, y éste es uno de los puntos más polémicos del libro, que el anticlericalismo y «el fracaso de la República no es imputable a sus hombres, sino a sus adversarios»: el bloque de las derechas –la aristocracia, la plutocracia, la burocracia y la «gente de Iglesia»- que la combatieron «sistemáticamente, inexorablemente, desde su proclamación» e intentaron «minar los fundamentos» de su legítima autoridad por todos los medios a su alcance, con el objetivo de derribarla lo antes posible. Por lo que se refiere a la Iglesia católica en concreto, Llorens la acusa de haber combatido al nuevo régimen con «encarnizamiento» desde el mismo momento de su instauración, con el episcopado a la cabeza. Sólo un obispo, Vidal i Barraquer, dio muestras de «sentimientos profundamente democráticos» y mientras estuvo al frente de la Iglesia española imprimió a su actuación un «sentido democrático cristiano»; actitud que cambió radicalmente desde el momento en que Gomá se convirtió en primado de España. Si los católicos y la Iglesia hubiesen aceptado «de todo corazón» el nuevo régimen y el episcopado hubiese estado encabezado por Vidal i Barraquer durante todo el periodo republicano, la República «no se hubiera exasperado ni hubiera llegado a los extremos que llegó», sino que hubiese sido “católica”. En consecuencia, a juicio de Llorens, «habrá que concluir que la culpa fue también de los católicos, por haberla, no sólo repudiado, sino combatido desde el primer momento de su existencia».⁷¹

Esta interpretación maniquea del periodo republicano, propia de una literatura de combate, pero que no tenía sentido veinte años después del final de la guerra civil española, ha llevado, a mi juicio injustamente, a rechazar la obra de Llorens en su conjunto.

La refutación de la tesis de la «Cruzada»

Por lo que respecta a la guerra civil, el libro de Llorens aporta pocas novedades a lo ya escrito con anterioridad por otros sacerdotes adscritos al bando republicano durante el conflicto. Pero su análisis es más superficial que el del canónigo Gallegos Rocafull o el de Vilar i Costa, menos meditado y más simplista, y su lenguaje más combativo.

Para este sacerdote la guerra civil española tuvo una triple naturaleza: en primer lugar, fue un conflicto social iniciado por un

⁷⁰ *Ibidem*: 86 y 332.

⁷¹ *Ibidem*: 57, 61-62, 66-67, 87, 106, 112, 118, 120-121, 136, 171, 175, 177, 245, 331-333 y 336

conglomerado de grupos sociales –militares, Iglesia, monárquicos, «poderosos»- con el objetivo de defender sus «privilegios abusivos tradicionales» y sus «capitales amenazados por el espíritu de justicia de la República»; en segundo, un conflicto político en el que los sublevados, todos «de sentimiento monárquico», aspiraban a sustituir el régimen republicano por una monarquía; y por último, un conflicto internacional por el carácter de «último ensayo y preparación» de la II Guerra Mundial que tuvo para Italia y Alemania, aliados de los sublevados.⁷²

La Iglesia española, coherente «con su posición histórica constante, contra todo régimen democrático», se alió con los sublevados con el objetivo de lograr «la destrucción de la República española» y «la entronización de un nuevo Constantino que velase, no con leyes justas y auténticamente cristianas, sino por la violencia de las armas, por los privilegios seculares de la Iglesia». A cambio de una futura protección estatal, aportó a los sublevados «la fuerza enorme del prestigio que representa la Iglesia de Cristo» y colaboró con ellos en dos planos: algunos preladados, como Gomá, Irurita u Olaechea, participaron en la preparación de la sublevación; y durante el conflicto, a nivel individual y colectivo, publicaron documentos en apoyo de los sublevados, en los que se presentaba su causa como una cruzada a fin de conseguir el apoyo de los católicos de todo el mundo. Sólo Vidal i Barraquer y Múgica se apartaron de la tónica general del episcopado: el primero dio muestras de «dignidad» y «valentía» al negarse a firmar la pastoral colectiva de 1937 y mantuvo una «actitud de protesta contra la posición de Gomá y toda la Jerarquía española»; y el segundo, aunque al inicio del conflicto firmó junto al obispo de Pamplona «una pastoral a favor de la sedición», posteriormente «se levantó abiertamente contra la “cruzada”» en un documento que la Santa Sede le impidió publicar.⁷³

La Santa Sede, por su parte, mantuvo una actitud ante el conflicto que a Llorens le merecía «toda clase de reservas, cuando no de reproches». Por lo que respecta a Pío XI, reconoce que es «difícil pronunciarse de manera terminante» sobre su posición ante la guerra civil, pero consideraba que algunas de sus actuaciones permitían deducir su inclinación por los sublevados: en primer lugar, al dar el visto bueno a la pastoral colectiva del 37, reconoció «oficiosamente» la «cruzada española», dando así vía libre al episcopado español para apoyarla; en segundo lugar, en su alocución «a los católicos fugitivos de España» de septiembre del 36 bendijo a los sublevados; y, por último, apoyó la no intervención, cuando la doctrina cristiana establecía el «deber moral de “intervención”» en los conflictos entre «bandos contrarios de un mismo país». En cuanto a su sucesor, Pío XII, su inclinación por los sublevados

⁷² *Ibidem*: 68, 236, 238, 240, 244, 274 y 342.

⁷³ *Ibidem*: 16, 101, 112 118-119, 121-122 131, 133-139, 142-145, 147, 152, 185-188 y 242.

estaba, en opinión de Llorens, fuera de toda duda. En conclusión, para el sacerdote catalán, la Santa Sede demostró con su actuación que su deseo no era otro que acabar con la República española, utilizando para ello «medios de una moralidad más o menos dudosa» y opuestos «a los principios inconcusos de la moral humana y cristiana».⁷⁴

La obra de Llorens incluye también una refutación de la tesis de la sublevación como cruzada difundida por la jerarquía española en sus documentos. Esta refutación repite también argumentos ya esgrimidos con anterioridad por otros sacerdotes.

- La ilegitimidad del recurso a la violencia: pretender imponer la religión por medio de la violencia iba en contra de los principios del cristianismo. El mismo Pío XI había advertido a los mejicanos que las únicas armas con que los católicos podían oponerse a las injusticias de un Gobierno eran «la fuerza del sacrificio y el martirio». Además, la doctrina católica establecía que «no se puede hacer un mal para obtener un bien» y que «un fin, por bueno que sea, no da derecho a usar medios inmorales e injustos».⁷⁵

- El deber de acatamiento a los regímenes legítimamente constituidos: la doctrina de la Iglesia imponía a los católicos «el deber de acatar la autoridad constituida legítimamente», permitiendo oponerse a sus abusos únicamente por medios «que no estén en pugna con la legalidad y la disciplina que deben regir un Estado». Puesto que la República era un régimen «legítimo y legal», ateniéndose a la doctrina católica, «no se tenía derecho alguno a derribarlo».⁷⁶

- El derecho de la República a defenderse de una agresión injusta: los republicanos «tenían razón y derecho indiscutible de defender un régimen legítimo» y a «defender su vida».⁷⁷

- La falsedad de la inminencia de una revolución comunista: tal amenaza no existía; no fue más que «un pretexto criminal» con el que la jerarquía eclesiástica quiso justificar su apoyo a la sublevación.⁷⁸

- La ausencia de motivación religiosa en los sublevados: el cristianismo de las derechas españolas que se habían alzado contra la República era «falso» y junto a ellas luchaban «moros, italianos y alemanes» que nada tenían de cristianos; y el «ideal» por el que

⁷⁴ *Ibidem*: 130-131, 231-234, 238-239, 243, 262-263, 265, 338-340.

⁷⁵ *Ibidem*: 67, 83, 129, 192-193, 200-201 y 297.

⁷⁶ *Ibidem*: 83, 119 y 160.

⁷⁷ *Ibidem*: 67 y 243.

⁷⁸ *Ibidem*: 320-321.

luchaban no era la religión, sino «oprimir a los de abajo por todos los medios». La religión no era más que un pretexto para conseguir el apoyo de la Iglesia, como probaba el hecho de que los principios cristianos no fueron aplicados «durante la guerra, ni, lo que es más grave e injustificable, después de la guerra».⁷⁹

- La inexistencia de persecución religiosa: la motivación de la inmensa mayoría de los crímenes fue política, no religiosa. Los sacerdotes asesinados lo habían sido por hacer «política combatiendo al régimen legítimo desde el púlpito, desde el confesionario, en reuniones, en privado», por identificarse con unas determinadas clases sociales y con uno de los bandos en pugna. En consecuencia, se les podría calificar de «mártires de la política, pero no de la religión». Además, dichos asesinatos habían sido cometidos por elementos incontrolados y no por las autoridades republicanas, que hicieron todo lo posible por evitarlos.⁸⁰

Así pues, a juicio de Llorens, la tesis de la cruzada no fue más que una «genial mixtificación», una «miserable ficción del cardenal Gomá a fin de disimular –si no justificar y glorificar- un crimen».⁸¹

La España de Franco y la Iglesia

Para Llorens el régimen franquista había demostrado ser la dictadura «más brutal de toda la historia de España», tanto en el plano político como en el social. Desde el punto de vista político, se trataba de «un régimen dictatorial, absoluto, sin obstáculo ni limitación del poder de ninguna clase, sin fiscalización legal ni libertad», lo cual se oponía «a la doctrina fundamental de la Iglesia» sobre las formas de gobierno. Desde el punto de vista social, había demostrado ser «un régimen de injusticia» que, no sólo no había dado solución a los problemas sociales que estaban en el origen de la guerra civil, sino que los había agravado, conduciendo al pueblo «a la miseria»; por lo que también «en este sentido, España es uno de los países menos católicos o cristianos del mundo».⁸²

Tampoco había servido el régimen franquista para recristianizar la sociedad española, por más que las autoridades civiles y eclesiásticas afirmasen que España era «una nación eminentemente católica». Las estadísticas realizadas por las propias instancias eclesiásticas así lo demostraban, poniendo de manifiesto que «más del noventa por ciento de los españoles viven alejados de la Iglesia». La práctica religiosa, impuesta «por la fuerza y por la violencia moral», no respondía a

⁷⁹ *Ibidem*: 84, 264-266, 270 y 363.

⁸⁰ *Ibidem*: 82, 129, 194-195, 197, 199, 226, 341-342 y 361-362.

⁸¹ *Ibidem*: 130.

⁸² *Ibidem*: 20-21, 98-100, 173, 265-266, 269, 271, 336 y 355.

convicciones auténticas, sino a «motivos que nada tienen que ver con la fe y la religión», como el «miedo» o la «utilidad material». En conclusión, a juicio de Llorens, en la España de los años 60 «la práctica religiosa no es más que una ficción más generalizada que nunca» y la descristianización de la sociedad, aunque «existe desde hace siglos, ahora, con la imposición, en una u otra forma, de la práctica exterior religiosa, no ha hecho más que agravar [sic] en proporción».⁸³

A pesar del fracaso del nacional-catolicismo, del carácter anticristiano del régimen franquista y de los años transcurridos desde el final de la guerra, el episcopado español de los años 60 seguía «proclamando las virtudes y los altos servicios de la “cruzada”». Ciertamente, algunos prelados habían criticado determinados aspectos del régimen, como las limitaciones impuestas a la prensa católica o la organización sindical franquista, pero de una forma «excesivamente moderada» y sólo en lo que atañía a la «libertad de acción de la Iglesia»; pero nunca habían hecho mención a las cuestiones «más esenciales», como «las injusticias sociales, la miseria del Pueblo, las persecuciones, los encarcelamientos y malos tratos» de los opositores al régimen. Si la Iglesia, incumpliendo con su deber, se había abstenido de denunciar los aspectos anticristianos del régimen franquista era porque seguía siendo una «Iglesia constantiniana» dispuesta a conservar a cualquier precio los «privilegios que el Estado le otorga» a cambio de su apoyo.⁸⁴

Esto, en opinión de Llorens, tenía que cambiar. La jerarquía debería hacer «un buen examen de conciencia, una noble y leal confesión de los errores cometidos y un buen propósito de enmienda para el porvenir». El único camino sensato era abandonar «el espíritu de cruzada», incorporándose «a las nuevas corrientes que quieren implantar de nuevo las puras esencias originarias del cristianismo»; renunciar «a sus privilegios actuales» y a la protección estatal que tan «gravemente» la estaba comprometiendo, a fin de gozar de auténtica libertad para protestar «contra los abusos del régimen». La misión de la Iglesia española debía ser aportar al catolicismo «la paz de los espíritus, una paz dentro de la justicia y del amor fraterno» que era, a juicio de Llorens, la única «paz auténticamente, profundamente cristiana».⁸⁵

Por ello, el sacerdote catalán asistió con alegría y esperanza al surgimiento en los años 60 de los primeros grupos de católicos y sacerdotes críticos con el régimen. Su rechazo de la «identificación» de la Iglesia católica con el franquismo constituía, a juicio de Llorens el único

⁸³ *Ibidem*: 20-21, 23, 36, 42, 160, 228 y 279.

⁸⁴ *Ibidem*: 16, 81, 129, 157-159, 161 y 396.

⁸⁵ *Ibidem*: 42, 81, 161, 184 y 398.

«camino seguro, rápido y durable» para alcanzar esa paz «auténticamente cristiana» que él propugnaba.⁸⁶

José María Llorens i Ventura falleció en Labastide-Saint Pierre el 11 de mayo de 1967 a los 81 años, tras veintisiete años de exilio. Sus restos reposan en el cementerio del pueblo de Campsas.⁸⁷ Murió creyendo «en Dios con toda su alma» y en «Cristo, Hombre-Dios, quien fundó su Iglesia», de la cual se declaraba hijo amante y sumiso, y a la que quiso seguir perteneciendo, «a pesar de las infidelidades y prevaricaciones de sus miembros” y de todos sus “sus defectos humanos». Y convencido también de que, por fin, el Concilio Vaticano II le había dado la «razón sobre la pobreza de la Iglesia».⁸⁸

Josep María Llorens entendió que la lucha por la justicia social era un elemento fundamental de su ministerio y la democracia un valor netamente cristiano. Fue el compromiso social el que le llevó a aceptar con alegría el advenimiento del régimen republicano, con la esperanza de que diera satisfacción a las demandas de los sectores más desfavorecidos, de que instaurase una sociedad más justa. El laicismo y el anticlericalismo del nuevo régimen constituyeron para él una cuestión secundaria frente a la prioridad de lo social. De ahí su defensa acrítica de la República.

Como a muchos otros, la sublevación militar de julio del 36 le obligó a tomar la difícil decisión de elegir entre ser fiel a sus principios o a la jerarquía eclesiástica, y tuvo el valor de optar por los primeros enfrentándose a la segunda. Pero fue una decisión no exenta de contradicciones para todos aquellos que tomaron este mismo camino. Su libro, escrito en los últimos años de su vida, es fiel reflejo de esas contradicciones y de la necesidad de justificarse por haber defendido una causa condenada por la inmensa mayoría del mundo católico y que, en consecuencia, le había dejado aislado del colectivo sacerdotal. No está a la altura de los escritos de otros sacerdotes y, a pesar de los años transcurridos desde el final de la guerra, hace gala de un cierto maniqueísmo más propio de la literatura de combate que de un análisis ponderado. Quizás porque Llorens nunca dejó de estar en guerra contra una Iglesia que seguía empeñada en traicionar lo que para el sacerdote era su auténtica misión: ser la Iglesia de los pobres.

⁸⁶ *Ibidem*: 79, 161, 371 y 391.

⁸⁷ Massot i Muntaner, J. 1977. «Els clergues escriptors davant la guerra civil». *Serra d'Or* 216: 17; Cárcel Ortí, V. 2006: 687; Llorens, J. M. 1971: 8 (prólogo de Salvador Roca i Lletjos).

⁸⁸ Llorens, J. M. 1968: 10, 12, 309 y 401.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivo del Ministerio de Justicia exp. 2855/1707.

Benet, J. 1966. *Maragall y la Semana Trágica*. Madrid: Península.

Cárcel Ortí, V. 2006. *Diccionario de sacerdotes diocesanos españoles del siglo XX*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Comas, J. 1961. *L'Esglesia contra la República espanyola*. Toulouse: s.d.

Corts i Blay, R., Galtés i Pujol, J., Manent i Segismon, A. (dirs.) 2000. *Diccionari d'història ecclesiàstica de Catalunya*, Volum II. Barcelona: Generalitat de Catalunya-Claret.

Domergue, L. (ed.) 1999. *L'exil Républicain espagnol à Toulouse 1939-1999*. Toulouse : Presses Universitaires du Mirail.

Jarne, A. 2008. «Geografías familiares bajo la dictadura franquista: exilio, clandestinidad, prisión». *Hispania Nova* 8: 143-161.

La Veu de Catalunya 18 de diciembre de 1909.

Llorens, J. M. 1933. *Teoría de la Música*. Lleida: Arts Grafiques Ilerda.

Llorens, J. M. 1968. *La Iglesia contra la República española*. Vieux: Grupo de Amigos del Padre Llorens.

Llorens, J. M. 1971. *La Meva Tarragona*. Andorra [sin referencia a la editorial].

Llorens, V. 1976. *El exilio español de 1939. I La emigración republicana*. Madrid: Taurus.

Manent i Segimon, A. y Raventos i Giralt, J. 1984. *L'Esglesia clandestina a Catalunya durant la guerra civil (1936-1939). Els intents de restablir el culte públic*. Barcelona: L'Abadía de Montserrat.

Manuel Nogueras, A. 1990. *El Ateneo Tarraconense de la clase obrera: su dimensión pedagógica*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

Marco Sola, L. 2012. *El Evangelio Rojo. Sacerdotes antifranquistas durante la Guerra Civil española (1936-1939). Pensamiento, actividad propagandística y contestación a la «Cruzada»*. Universidad de Zaragoza (Tesis de doctorado inédita).

Massot i Muntaner, J. 1977. «Els clergues escriptors davant la guerra civil». *Serra d'Or* 216: 11-17.

Misser, J. 1967. «El canonge Llorens». *Serra d'Or* año IX 10: 18-19.

Raguer, H. 1977. *La espada y la cruz (La Iglesia 1936-1939)*. Barcelona: Bruguera.

Saguès San José, J. 2001. *Lleida en la Guerra Civil espanyola (1936-1939)*. Universidad de Lérida (tesis de doctorado inédita). <http://hdl.handle.net/10803/8221>.

Soriano, A. 1989. *Exodos. Historia oral del exilio republicano en Francia 1939-1945*. Barcelona: Crítica.